

HUMANITAS

ANUARIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS HUMANÍSTICOS

19



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

1978

la inspiración es primero. La música del amor, la simbolización sensitiva viene después. El poeta, es —como lo quería Platón— un endiosado, un arrebatado.

El ritmo, la música verbal, es un elemento pre-poético, preparatorio. Más allá del valor fónico, del color, de la línea del complejo de sensaciones, está la íntima palpación del espíritu; lo que pone el alma con voz propia en respuesta animada al contacto del universo... El universo del sentimiento, los ecos inertes, pueden sorprenderse mirando hacia dentro, en un íntimo monólogo preñado de esencialidad y temporalidad. Atrás queda todo esfuerzo de saber y de querer. Nos quedamos, tan sólo, con un valor sentimental, sensorial, desprendido de su soporte natural, separado de las causas que lo han producido, cristalizado en juego libre y esplendente.

Como verdadera poetisa, Margarita López Portillo se eleva de lo circunscrito y temporal a lo universal y eterno. Pide a la poesía densidad, íntima conmoción humana. Más que musicalidad quiere resonancias, Dios y tonalidad del universo, provocación para atrapar lo inasible. Sus imágenes no son cobertura de conceptos, sino expresión de intuiciones. No pretende formular definiciones, sino gozar sus vivencias al expresarlas. Diríase que es como una niña que contempla, con ojos maravillados —y a veces dolientes— el espectáculo del universo. Nada más importante y a la vez más extraño en la unidad del universo visible que ese ser teotrópico que somos cada uno de nosotros, creaturas hijas de sombras y luces; de dolores y de esperanzas; antes de la raza de Dios y hechos para conocer la verdad, para amar el bien, para gozar la belleza.

Margarita López Portillo, intenta los más variados caminos para alcanzar la Plenitud de la luz a la que clama e implora como único recipiente capaz de saciar su sed. De ese acuciante afán de plenitud subsistencial han nacido estas reflexiones introductorias.

Vayamos, en primer término, al aspecto formal, antes de abordar el aspecto interno.

Aspecto Formal¹

Los Días de la Voz (Editorial Porrúa, México, 1975) es una obra poé-

¹ Hago mías, en lo substancial, las observaciones en torno al aspecto formal de la obra poética de Margarita López Portillo, realizadas por la Licenciada en Letras Españolas Patricia Basave de Medina, a quien expreso pública constancia de gratitud por su valiosa colaboración en este estudio.

tica concebida, la mayoría de las veces, en verso libre. Los elementos tradicionales de la poesía: métrica, rima y ritmo, son eludidos de manera casi absoluta. Hay, ciertamente, algunos ejemplos de rimas asonantes. Pero cabe advertir que las frecuencias son muy irregulares y la métrica y el ritmo se manejan libremente. Margarita López Portillo no se olvida, sin embargo, de la puntuación, de la disposición tipográfica establecida; hurga en las diversas figuras literarias, en la expresividad estilística que constituyen la trama misma de la poesía de todos los países y de todos los tiempos. Su versolibrismo patentiza una sensibilidad personal y una tendencia contemporánea. Acaso alguna vez, en el próximo futuro, Margarita se apropie del soneto. Pero ahora experimenta la necesidad de encontrar cauces, de romper, o al menos adaptar moldes prefabricados. Todo ello a fin de ofrecer mayor libertad a su expresión poética.

Suele hablarse, entre algunos especialistas, de las "desviaciones" del estilo poético de la norma tradicional en lo que atañe al aspecto formal. Para la preceptiva literaria, el término desviación presenta una significación negativa: desacato, separación. Pero la desviación puede cobrar importancia y categoría artística cuando porta calidad estética. Maravillosa alquimia que puede realizar, una y otra vez, el auténtico poeta. Y, en el caso de Margarita López Portillo, la desviación es positiva. Formalmente *Los Días de la Voz* presenta una estructura nueva, moderna, original, pero sin caer en malogrados desenfrenos experimentales que no escasean, por desgracia, en el panorama de la literatura contemporánea. Hay sobriedad y recato en la poesía de Margarita López Portillo, sentido de la medida y voluntad de equilibrio.

El ritmo cadencioso, rápido, está casi siempre bien adaptado al contenido del poema. Las frases cortas —no más de cinco palabras en cada línea o verso, generalmente—, se deslizan ágiles y suaves:

Pasa el viento

sobre tu cuerpo

sobre los dulces

frutos de la vid.

Sobre el ondeante

trigal.

Sobre las dunas

del desierto

(pág. 43).

En la estructura poemática formal destaca el manejo fonológico que contribuye a lograr ese peculiar ritmo. Obsérvese, en el ejemplo citado, el pre-

dominio de los sonidos sibilantes, que dan la sensación poética de brisa leve, de placentero deslizarse. La estructura formal está muy bien adaptada, en este caso, al contenido.

El verso libre no ha podido prescindir por supuesto, de la pausa. Pausa que en manos diestras puede funcionar con superlativo valor lingüístico y literario. No se trata, tan sólo, del fenómeno puramente fisiológico —necesidad de respirar por parte del hablante— sino del manejo adecuado del silencio, de la interdependencia, de la emoción y del suspenso. Margarita López Portillo utiliza diversos tipos de pausas, respetando el paralelismo fono-semántico (coincidencia de la pausa métrica con la sintáctica), que es la más tradicional:

*La muerte,
presencia vigilante,
nos toma,
nos zarandea,
nos urge* (pág. 35).

Sin embargo, el tipo de pausa que priva en *Los Días de la Voz* es el conocido como encabalgamiento: un verso termina, pero el sentido continúa en el verso siguiente. Este conflicto fono-semántico repudiado por los clásicos, puesto en boga por los románticos y llevado al máximo atrevimiento por los simbolistas, posee innegable valor expresivo, más allá de los respetables gustos personales. Presenta, además diversos grados, según sea la intensidad de la dislocación sintáctica que provoca. Vayan, a guisa de ejemplos, unos cuantos casos:

Cohesión gramatical débil:

*La urgencia de la vida
que tiene que venir.* (pág. 21).

Cohesión gramatical fuerte:

*Sobre los dulces
frutos de la vid.* (pág. 43).

*Sobre el agua
del río.* (pág. 43).

Cohesión gramatical muy fuerte:

*Mas
no satisfizo a mi alma.* (pág. 79).

No es tarea fácil emplear con acierto los encabalgamientos, sin llegar a extremos de romper estructuras muy internas, para brindar un cierto ritmo que refuerce el contenido semántico. La autora realiza la tarea con innegable decoro. Es posible que este artificio literario, casi siempre inconsciente, resulte instintivo, no forzado en la poetisa. Corresponde al crítico, y no al poeta, analizar, desglosar encabalgamientos y procedimientos estilísticos.

Margarita López Portillo es rica en el empleo de figuras literarias: anáforas, reiteraciones, gradaciones, antítesis, polisíndeton. De su estilo se desprende la existencia de un propósito estético, pero exento de preciosismos. Cabe destacar el empleo del color. Predominan en la obra los tonos dorados, resplandecientes: el amarillo y el oro en toda su gama. Rara vez menciona directamente el color, prefiere evocarlo en pluralidad de imágenes: arena, dunas, desierto, trigo, siega, miel, polvo, llama, fuego, lámpara, sol, luz, antorcha... Es la suya una poesía radiante, plena de fulgores lumínicos. Existen también otros tonos, algunos de ellos sombríos, otros alegres, pero sirven para forjar un contraste con el resplandor imperante.

La adjetivación de la autora es sobria, medida, fiel a una melodía interna de la que no pretende distraer. Predominan en los poemas los sustantivos y los verbos, por lo que adquieren un dinamismo expresivo, positivo. Dicho de otra manera, su ritmo resulta móvil, rápido, porque esas palabras aportan nociones nuevas y aceleran la lectura:

Señor

soy hermana del agua.

Mi piel es tierra,

mis cabellos, algas...

yervas mis pies,

mis ojos

universos...

Soy ventana

por donde todo miras.

Soy carne tibia

por donde a todos

amas... (pág. 91).

Es así como logra la poetisa, en la mayoría de los casos, esa difícil correspondencia entre fondo y forma. El dinamismo expresivo de los poemas demuestra el acierto. No es éste, claro está, un procedimiento exclusivo de la poesía, pero en ella encuentran su más elevado exponente. Mientras más

logrado sea un poema, más cuenta nos daremos de una verdad aparentemente muy sencilla: lo que en el buen poema se dice, no pudo haberse dicho de otra manera. Quiero indicar que la unidad fondo-forma es indisoluble. Altérese el lenguaje poemático, aun en sus aspectos más nimios, y el contenido se verá afectado. Y podríamos aseverar, también, que si se altera el contenido, aun en elementos de poca relevancia, se verá afectado el lenguaje del poema. La creación poética con lo que encierra de inspiración y de elección, intuición y reflexión es, en buena parte, arcano. *Los Días de la Voz*, muestra un delicado y sutil equilibrio entre problemática y estructura externa, si bien prepondera el fondo sobre la forma.

Aspecto Interno

Se ha dicho —y con razón— que el estilo es el hombre. Cada ser humano —el poeta no es una excepción— es una versión original, única, incanjeable, irreplicable del universo. En el universo de la poesía, Margarita López Portillo deja oír su voz poética simple, esencial. No hay en ella mayores rebuscamientos estilísticos ni retorcimientos conceptuales. Semeja un diario espiritual, íntimo, lírico. Ante todo nos encontramos frente a una arquitectura bien estructurada. Hay también imágenes y metáforas, símiles y símbolos, llenos de luz y sentido. No es difícil encontrar la simbolación concreta. Dios será llamado: “El sabio y experimentado escultor de blanda arcilla”, el juicio final se expresa hablando de *Los Días de la Voz* cuando suene la trompeta del ángel. Y al infierno se le designa con dos palabras: “eterno tormento”. Obviamente la aprehensión de imágenes, metáforas, símiles y símbolos exige una formación religiosa, específicamente católica. Su lenguaje proviene de cuna, de hogar y de educación religiosa. Imágenes y metáforas giran en torno de Dios.

Una poetisa teotrópica, hondamente religiosa, con una religiosidad sincera, no de mero artificio literario, es natural que tenga en Dios su centro de gravedad. Se le ha llamado, por parte de mi cordial amigo y coterráneo Agustín Yáñez, “panteísta”. Discrepo, en esta ocasión, del ilustre novelista jalisciense. El panteísmo no admite un Dios personal distinto del mundo. Identifica a Dios con el conjunto de todos los seres del universo. Admite una sola substancia, de la cual los seres visibles no son sino modificaciones o evoluciones. Se le llamará Dios-Naturaleza, o Dios-Fuerza, o el Gran-Todo, identificándose siempre a Dios con el Cosmos. Al panteísmo se le puede aplicar lo que decía Bossuet del paganismo: “todo es Dios, excepto Dios mismo”. El panteísmo de Spinoza y de Hegel incurre en graves errores:

1o. Destruye la idea de Dios que es inmutable, infinito, perfecto, necesario, al asignarle los caracteres opuestos: variable, finito, limitado, imperfecto como la materia.

2o. Admite efectos sin causa. Su Dios no es un ser personal, distinto del mundo. No hay seres necesarios, puesto que el Ser necesario es único. Cabe preguntar entonces: ¿Dónde está la causa que ha producido esa balumba abigarrada, multiforme y confusa que llamamos universo?

3o. El panteísmo violenta a nuestro sentido íntimo. Cada uno de nosotros se siente, sin que haya lugar a dudas, un individuo, y no otro ente.

4o. Contradice los enunciados de la razón que descubre en Dios, y en el mundo atributos inconciliables.

5o. Destruye toda idea de legislador, de conciencia, de deber, de castigo y de recompensa. Ahora bien, la poesía de Margarita López Portillo habla expresamente de castigo (“Eterno tormento”), de juicio final (“Los días de la voz”, “Cuando suena la trompeta del séptimo ángel”) y de Dios personal (“El sabio y experimentado escultor de blanda arcilla”). Distingue claramente a Dios Creador del universo:

*Él ha creado
la tierra y el cielo!
Su senda es mi senda
porque he entendido al fin
la orden,
la voluntad del Señor
dueño del universo.*

(págs. 37-38).

Como San Francisco de Asís y como San Buenaventura, la honda religiosidad de Margarita López Portillo sabe ver, en el universo visible, huellas, vestigios de Dios; y en la persona humana la imagen —un tanto enturbiada— del Dios personal. Quiebra “la forma sensitiva” para contactar, una y otra vez, con la raíz de la vida. Su poesía alude, en forma de signos, a las cosas de la tierra. Podemos concebirla como una “Gedankenlyrik” (lírica del pensamiento). Esa configuración original y viviente de lo diverso y distante, de lo íntimo y trascendente, lo lleva a cabo nuestra poetisa por la inserción personal de su alma en la melodía y armonía del universo —que sabe distinguir del Creador—, gracias a la palabra. Crea el acorde de la nota necesaria entre el alma humana, el mundo y Dios.

Queda bien claro el teísmo de Margarita López Portillo. Teísmo reitera-

tivo, casi obsesivo. La búsqueda de Dios personal y providente, que da sentido a la vida, al amor y a la muerte, es tema único de *Los Días de la Voz*. Vida, amor y muerte: he ahí los tres principales goznes sobre los que gira la obra. No hacen falta títulos para los poemas. Hay, a lo largo del libro, unos mismos motivos y un solo tema. Estamos, así lo creo, ante un solo y gran poema con pausas significativas.

En su Prólogo a *Los Días de la Voz*, Agustín Yáñez habla de diversas influencias en la poesía de Margarita López Portillo: Sor Juana Inés de la Cruz, los místicos orientales y occidentales, la poesía náhuatl... No es éste el momento de verificar las influencias asignadas. Basta decir que, en todo caso, estamos ante una amalgama nueva, distinta, cuajada de estilo personal, muy propio de la autora. Quiero apuntar, eso sí, que la poesía de Margarita López Portillo es una poesía religiosa, pero no mística. Ni estamos ante itinerarios de las tres vías espirituales: Purgativa, Iluminativa y Unitiva, ni puede hablarse, tampoco, de una unión mística con la visión facial de Dios en pleno "status viatoris". La pasión de lo divino de Margarita López Portillo le lleva a regresar hasta el punto de partida, buscando al Arquitecto de la semejanza, a la Mano Plural del equilibrio que da el ser a la nada y la medida a las cosas del universo. Es la suya una peregrinación hacia la luz no creada, inextinguible. Afanosa búsqueda de Dios sin tregua ni cansancio. Búsqueda que empieza por las huellas estampadas en la naturaleza, y que prosigue en la imagen sentida en el corazón:

*Estás
en el vuelo del pájaro
que huye.*

*En la ola del mar
que se levanta.*

*Estás
en todas partes,
pero sobre todo
te siento
en mi corazón,
incógnita morada
de tu ley.*

(pág. 13).

En los viejos manuales de catequesis se decía que Dios estaba en las cosas en esencia, presencia y potencia. No se trata de panteísmo, sino de causa eficiente, de causa ejemplar y de causa final. Y para decirlo en un len-

guaje más cristiano: Providencia, Dios-amor. Ese Dios Omnisciente, Omnipotente y Providente, lo percibe también en su propio cuerpo y en su propio espíritu:

*Tú,
el sabio y experimentado
escultor de blanda arcilla,
hacedor de milagros.
Tú formaste
mi cuerpo
y el espíritu
que arde dentro de él.*

(pág. 25).

Pero como vivir es convivir, la autora de *Los Días de la Voz* ve a Dios a través de los hombres:

*Hermosa la arquitectura
del cuerpo del hombre;
sagrado receptáculo
de tu poder.
Es suave y tibia la carne,
como suave la rosa.
La mirada de unos ojos amados
tiene el insondable secreto
de tu bien...
En ellos yo te amo,
en ellos yo te busco,
en ellos te contemplo.*

(pág. 47).

Dios vivo palpita en la autora de *Los Días de la Voz* —aunque a veces pueda ser presa de la duda— en forma agónica. Lucha por avivar su fe: "¡Creo Señor, ayuda mi incredulidad!" Siente muy a lo vivo esa hambre de inmortalidad, de la que hablaba Unamuno. Más aún, yo diría que trasciende la mera hambre de inmortalidad unamuniana. No se trata simplemente del connato spinociano: "todo ser, en cuanto es, tiende a perseverar en su ser", sino del axioma que por nuestra parte hemos descubierto para la Antropología Filosófica: "Todo ser humano, en cuanto es, tiende a ser en plenitud". Nada terrenal satisface a la poetisa tapatía. Ni siquiera el amor humano. Siente muy a lo vivo la manquedad ontológica del hombre, la fractura moral, la nostalgia de lo Absoluto. La au-

sencia de Dios es punzante. Advierte que algo le falta, un no sé qué superior, sobrenatural, eterno. Dios a la vista:

Entraste en mi casa
y me arrojaste.
Cuanto me diste al nacer
el trigo,
la abundancia,
lo apartaste de mí.
Pero aún tenía
la esperanza
de amar y ser amada.
Lo fui...
Mas
no satisfizo a mi alma
ese don.
Pequeño don fue el amor
del hombre para mí.
Yo buscaba algo
que no tenía
en esta tierra
pequeña y apretada,
donde de todo
estuve despojada.
Y así
un día de tiniebla
en el llanto y la tiniebla
te encontré
y te vi.

(págs. 79-80).

La poesía de *Los Días de la Voz* es una larga invocación al Creador, al Dios bueno y sabio, aunque a ratos le parezca terrible. Hay en ese cántico destellos de nuevos cielos, fulguraciones veterotestamentarias en tono de salmo:

Y vi salir el sol, y dije

—¡Ahí está mi Dios!—

Ésos son sus signos.

¡El ha creado

la tierra y el cielo!

Su senda es mi senda

porque he entendido al fin

la orden,

la voluntad del Señor

dueño del universo.

(págs. 37-38).

Hay, también, mucho de apocalíptico en la poesía de Margarita López Portillo. Se inclina, reiteradamente, por el número 7, ese número sagrado y cabalístico en el judaísmo y en la Biblia. Aparecen, así mismo, símbolos tales como los sellos, las trompetas, los ángeles y arcángeles:

Siete grandes potencias

con sus catorce alas

sostienen la cúpula

de este Universo.

Siete arcángeles

de fuerzas poderosas

hacedores de luz

comendadores

de ejércitos celestes;

instrumentos de fuerza.

(pág. 39).

Emoción sincera, desmedida, vibrante que atraviesa ese largo poema intitulado *Los Días de la Voz*. Afán de plenitud subsistencial y búsqueda afanosa de Dios. Pero, por momentos, un diálogo sentido, íntimo, doliente, —a veces— con Él. Bajo la luz divina contempla la vida humana, el amor, la "habencia" (todo cuanto hay). Y todo lo sabe, saboreándolo transitorio, perecedero. Vida como espera que se transforma en esperanza. Lámpara encendida que simboliza la espera vigilante, dispuesta, esperanzada. Porque algún día vendrá el momento de la llamada última de Dios.

La muerte, última opción, es el único acto definitivo. Los demás actos de nuestra vida son definitivos, pero no definitivos. Margarita López Portillo advierte la posibilidad, actualizada en tanto que posible, que nos está siempre presente, como una amenaza cierta y delimitante. Riesgo ineliminable que condiciona cualquier posibilidad determinada. Incitación a la fidelidad con ella misma y a la fidelidad con Dios. Término incierto, porque se trata de un acontecimiento futuro y de realización cierta, aunque incierta sea la época de su realización. Conclusión única y definitiva sin posibles adiciones ni reformas del yo-programa. Medida definitiva de nuestro ser: amor u odio. La muerte es inherente a la vida. Marca su fin y configura

definitivamente su trayectoria. Nos revela nuestro límite absoluto y nos muestra lo abierto, puro y simple. Por eso Margarita llama a la muerte amiga y madre. Ciertamente hay miles de modos de morir. Sin embargo, todos ellos conservan una unidad o conexión fundamental: son modos de morir humanos. Mientras que para los animales la muerte es un puro acaecer natural, para los hombres la muerte es un problema, un drama extraño y difícil. La autora sabe que la muerte corporal no puede afectar al espíritu. Su persona no está, en su propia esencia, abocada a la muerte, sino a su perfección en la eternidad. Porque la muerte es inherente a la vida, la mujer poeta incorpora existencialmente la idea de morir:

*Este morir constante,
este acabamiento
que tiende cada día
su ineludible lecho
no se escapa a nadie.
Al nacer
ya morimos.
Comienza en la existencia
la agonía...
La muerte,
presencia vigilante,
nos toma,
nos zarandea,
nos urge.
¡Nadie más fiel
que esta engañosa ausencia,
la muerte,
amiga y madre!*

Más que a la muerte, la autora de *Los Días de la Voz* teme al silencio Divino. Lanza sus palabras poéticas —sabidas, sentidas, queridas ante el silencio de Dios. Sabe que Dios existe, pero no ignora que es un “Deus absconditus”. Y a veces ese Dios oculto le parece mudo y sordo. Se revela contra este mundo de aparentes errores, sucio, de “pecado e infierno” (pág. 69). Le asalta el dolor de las miserias humanas y, por momentos, dialoga, como Job, desde su condición humana sufriente. Ella le ama así: buscándole, hablándole, increpándole, cantándole, pidiéndole que le responda, rogándole que se manifieste. Pero al final, por sobre todas las dudas prevalece la fe agónica, la esperanza —“noble incitadora, consoladora esperanza” como

la llama Goethe—y una aceptación de Dios como su destino último de creatura deforme, como ser teotrópico.

Filosofía y Poesía

Al concluir la lectura de *Los Días de la Voz* tengo la impresión de haber leído un poema que es un “raid a lo absoluto”. También la filosofía, a mi modo de ver, es una propedéutica de salvación. Filosofía y poesía nos enseñan a sospechar que esto que pisamos fuerte y miramos alto, este mundo, no se limita a ser lo que parece. Por eso cumplen una función igualmente liberadora. El filósofo y el poeta están poseídos por el Amor, por ese amor que sostiene el universo y que es anhelo de poseer para siempre, el bien saciante. La filosofía es una conquista humana; la poesía es un don de los cielos. El poeta padece a la musa; el filósofo escucha al “daimon” interior y se padece a sí mismo. “Sólo nosotros —dice el poeta Hoelderlin— somos de corazón puro, como niños; sólo nuestras manos son inocentes”. “Filósofo, —dirá Sócrates— es quien aspira a contemplar el mundo de las esencias, ese mundo que ningún poeta ha cantado aún ni cantará nunca dignamente”. El filósofo explica el universo en cuanto universalizable, desentraña sus fundamentos, ofrece una sabiduría vital de los últimos problemas humanos; el poeta se extasia ante el siempre nuevo misterio del Cosmos, y estalla esplendorosamente en ritmos, rimas, imágenes, chispazos metafísicos... Uno contempla el mundo “sub specie aeternitatis”, el otro lo ve “sub specie novitatis”. Ante la novela del mundo se recurre al perpetuo fundamento. Pero no se puede descubrir la perenne novedad de la habencia —todo cuanto hay— sino cuando se comienza por ver su perenne antigüedad. No hay oposición sino convergencia.

La mentalidad pragmatista en estos tiempos de indigencia pretenden llevarlo todo ante el supremo tribunal del rendimiento y la eficacia. Los poetas y los filósofos nos sentimos constantemente acosados y acusados por la pregunta machacona: ¿Y esto, para qué sirve? Tras de esta pregunta se esconde la pérdida de confianza en las más altas manifestaciones del espíritu humano. La “inutilidad” de la poesía y de la filosofía no es, en rigor, una verdadera acusación. El pretendido reproche se nos convierte en el mejor elogio de la filosofía y de la poesía. Hay cosas que valen por sí mismas. Lo útil no posee un valor absoluto, sino subordinado, porque sirve *para* algo y se comporta como un medio naturalmente inferior a su fin.

Las intuiciones del poeta fecundan al filósofo y pueden ser llevados a su cabal desarrollo por la filosofía. Pero a su vez, la cultura filosófica presta

